

¿CÓMO ELABORAR UN PROYECTO DE INVESTIGACIÓN PARA UN SEMINARIO DE TITULACIÓN? UNA PROPUESTA A PARTIR DE LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Marco Antonio Peralta Peralta

El Colegio de México

Resumen

La presente comunicación tiene el objetivo de exponer la experiencia personal de investigación mediante un ejercicio de enseñanza-aprendizaje concreto. Se trata de esbozar algunas estrategias específicas que, a mi parecer, pueden ayudar a los estudiantes del nivel superior, por lo menos, a tener claridad sobre cómo elaborar los protocolos y proyectos de investigación para sus tesis de grado. Mi intención no es imponer un manual de trabajo, sino ofrecer la experiencia que he adquirido en la investigación como una guía de apoyo. En este sentido, lo que presento es una serie de ideas que tienen que ver desde la elaboración de las preguntas y planteamientos de investigación —la distinción que hay entre teoría, metodología y marco teórico—, hasta la propuesta de cronogramas de trabajo.

Si asumimos que la investigación de la historia también constituye una forma de conocimiento científico, debemos partir de la idea de que —al igual que la física, la biología, la ingeniería y la economía, por ejemplo— aplica el método científico para su quehacer investigativo; esto es, el método de la ciencia (Ferrater, 1970; Pérez, 2000). Las preguntas que debemos atender, por lo tanto, son las siguientes: ¿cómo investiga la historia?, ¿cómo explica sus fenómenos de estudio?, ¿en qué basa sus argumentos?, ¿qué técnicas y herramientas utiliza?

Uno de los pasos fundamentales en las investigaciones históricas es la formulación del problema (Mercado, 1994). De hecho, la mayoría de los historiadores suelen partir de problemáticas específicas para abordar sus intereses. Para efectos explicativos, supongamos que nos interesa explicar un fenómeno particular, por ejemplo, las manifestaciones religiosas y las tradiciones expresadas en la fiesta patronal de una comunidad semiurbana, a la cual vamos

a llamar *comunidad X*. Según esto, por principio de cuentas, el haber detectado el fenómeno de estudio y nuestros sujetos o protagonistas del trabajo implica ya un primer acercamiento a la labor de investigación. A partir de ese primer acercamiento, el estudioso de la historia no dudará en preguntarse ¿por qué esa comunidad conserva tradiciones antiquísimas?, ¿cómo llegaron hasta nuestros días?, ¿quiénes son las personas que habitan la comunidad?, ¿cuál es el origen del lugar? Recordemos que preguntas inteligentes y bien planteadas conducen a respuestas contundentes y positivas.

Después de plantearnos las preguntas, muy probablemente comencemos a rastrear evidencias empíricas y documentales que nos permitan entender el fenómeno al que nos interesa adentrarnos. Cuando tengamos información suficiente¹ para una primera aproximación explicativa, nos surgirán preguntas más específicas e interrogantes muy particulares al fenómeno.

Continuando con nuestro ejemplo, supongamos que la *comunidad X* es una población con una densidad demográfica multiétnica; además, pensemos que uno de los lazos de convivencia más fuertes que tiene es, en efecto, la fiesta patronal, y, además, agreguemos el caso hipotético de que la población de la tercera edad desempeña un papel relevante en la transmisión de saberes y costumbres tradicionales.

De acuerdo con lo anterior, las conjeturas que acabamos de señalar fueron producto de nuestro primer acercamiento con nuestras fuentes; por lo tanto, nuestras preguntas ya no serán las mismas que nos planteábamos antes de estudiar a nuestra comunidad; y, si bien tienen cabida en nuestros nuevos planteamientos, para problematizar el tema de estudio serán necesarios nuevos interrogantes. Por ejemplo, frente a la pregunta general de por qué esa comunidad conserva tradiciones antiquísimas, nuestras lecturas y trabajo etnográfico nos obligarán a preguntarnos: ¿será acaso que la tradición oral de las personas de la tercera edad es un recurso de conservación de las tradiciones? De igual forma, en vez de preguntarnos simplemente cómo llegaron hasta nuestros días; una interrogante más ceñida a nuestra investigación sería esta: ¿en qué medida la fiesta patronal funge como espacio ritual en el que confluyen el pasado y el presente? A su vez, frente a las preguntas de

¹ Debo llamar la atención sobre el constante trabajo de lectura y recopilación de información que se debe realizar desde el primer contacto con el tema de trabajo.

quiénes participan en esas tradiciones y cuál es el origen de éstas, nuestra nueva visión del fenómeno nos hará plantear, más bien, los siguientes cuestionamientos: ¿el papel de la mujer en la fiesta patronal adquiere más peso que el del hombre porque a través de ella las tradiciones se comunican a los más jóvenes? O bien, ¿el párroco de la comunidad representa lo sagrado de la fiesta, en tanto que los participantes son profanos? Finalmente, en cuanto al origen, una pregunta nueva sería esta otra: cuando las reformas borbónicas del siglo XVIII reconfiguraron a los antiguos pueblos de indios, ¿nuestra *comunidad X* se separó de su cabecera y, con base en un mito fundador cobijado por la historia del santo patrono, intentó consolidarse como unidad independiente?

Como podemos observar, los nuevos interrogantes ya no se pueden aplicar a cualquier investigación; y solo son pertinentes para la nuestra porque en estas preguntas ya estamos incluyendo el fenómeno mismo. Este primer paso es lo que se conoce como *problematización* de la investigación (Cardoso, 1982; Bunge, 1985). Esto significa plantear un problema de carácter histórico que nos permita comprender y explicar una realidad específica.

Las delimitaciones las planteamos con base en nuestro tema de estudio, y, por ello, habrá que prestar mucha atención a lo que estamos proponiendo (Arbaiza, 2014). Para efectos explicativos, y continuando con nuestra *comunidad X*, pensemos que con base en nuestros interrogantes vamos a continuación a *delimitar* nuestra investigación. Por alguna u otra razón, nuestras conjeturas han permitido plantearnos que es posible estudiar a la *comunidad X* por lo menos durante todo el siglo XX; esto significa que en un primer momento podemos decir que nuestra delimitación es: «la *comunidad X* en el siglo XX». Realmente, enunciar lo anterior habla muy poco de nuestras intenciones; por lo tanto, habrá que ahondar en otros detalles. Por ejemplo, aunque nuestro punto de partida es el siglo XX, nos interesa rastrear tradiciones antiguas; así que resulta pertinente plantear nuestra investigación como una historia de larga duración. Además, no solamente estudiaremos a la *comunidad X*, sino las relaciones culturales que tiene con otras unidades políticas vecinas. Finalmente, el carácter de nuestro tema de investigación no es económico ni político, sino cultural. En este punto, no debemos perder de vista que tanto las tradiciones como la fiesta patronal son las ventanas mediante las cuales procuraremos explicar nuestros argumentos. Por lo tanto, una

delimitación adecuada (e hipotética, desde luego) sería: «Las tradiciones locales y la fiesta patronal de la *comunidad X* como continuidad histórica de la identidad colectiva durante el siglo xx», en donde:

Las tradiciones locales, la fiesta patronal y la identidad colectiva = delimitación temática.

Comunidad X = delimitación espacial (asumiendo que la vincularemos con otras).

Continuidad histórica durante el siglo xx = delimitación temporal, aunque la palabra «continuidad» nos obliga a ir más allá de la fecha, o en este caso, de la centuria.

Inmediatamente después de la delimitación, habrá quien nos pregunte por qué hemos decidido trabajar a este fenómeno cultural. Nuestra respuesta a esta pregunta será nuestra *justificación* investigativa; por lo tanto, nuestro argumento requerirá de cientificidad; es decir, aunque una respuesta honesta sería «porque soy oriundo de ella y quiero contribuir a conocer su historia», para efectos de un trabajo de investigación no bastaría con este enunciado. La recomendación en este punto es justificarse con base en la historiografía y en las soluciones metodológicas que pretende brindar la investigación (Garza, 2007); esto es, argumentar en qué medida mi investigación puede ser entendida como un trabajo de interés, originalidad, innovación, viabilidad, precisión y, sobre todo, relevancia en la historiografía. Además, un buen trabajo de investigación debe procurar rebasar las fronteras de la academia y lograr tener alguna repercusión en la vida social de nuestro presente. En nuestra investigación, este aspecto no debe desdeñarse.

Una vez hecho lo anterior, la propia curiosidad científica nos llevará a plantearnos posibles soluciones a las preguntas que problematizan nuestro trabajo. Desde luego que estas respuestas dependen de la información previa que tenemos de nuestro fenómeno. Es entonces que formulamos las *hipótesis* de la investigación. Ciertamente es que las hipótesis deben ir más allá de la idea infortunada (y errónea) de suponer que se trata de «la respuesta tentativa a nuestro planteamiento». Una hipótesis siempre debe resultar de un análisis reflexivo y de abstracción que no se conforma con un «sí» o un «no» como respuesta (Bunge, 2006; Ferrater, 1970).

Volviendo a nuestro ejemplo hipotético; supongamos que después de la lectura de los textos generales, monográficos y especializados, y luego de un primer trabajo etnográfico general, obtuvimos información que nos va a permitir elaborar una lista de elementos jerárquicos que tienen que ver con la fiesta patronal, las tradiciones populares y las particularidades de la *comunidad X*. De acuerdo con lo anterior, las lecturas y las conjeturas empíricas poco a poco nos permitirán identificar las categorías o conceptos clave que constituirán nuestras hipótesis. Más adelante ahondaré sobre las categorías de análisis; sin embargo, de momento pensemos en el siguiente argumento hipotético que sustentará la tesis de investigación:

En la *comunidad X*, el capital simbólico de la ritualidad de la fiesta patronal se desarrolla mediante representaciones colectivas de aculturación permanente que varían de significado de acuerdo con los valores de comunidad y la idea de identidad colectiva. En este sentido, las tradiciones populares del siglo xx se basan en la complejidad histórica de la cultura que, desde finales del siglo XVIII, y, sobre todo, durante la primera mitad del xx, motivaron una forma de vida y comunicación de saberes muy peculiar, en donde la oralidad y la memoria histórica son piezas clave.

Este enunciado será nuestra primera hipótesis general, y, con base en ella, nuestra investigación formulará *objetivos* a alcanzar; es decir, ya que sabemos esto, ¿qué pretendemos alcanzar con nuestro trabajo? Sin lugar a dudas, lo primero que haremos será explicar nuestras conjeturas y nuestros argumentos; por lo tanto, nuestro objetivo general será explicar, además de explicar el fenómeno en su conjunto, a qué otros elementos les prestaremos atención y cuáles vamos a discriminar. Para ello, siempre será necesario estar metido de lleno en nuestras lecturas y en el trabajo etnográfico más especializado; es decir, ya no solo iremos a observar generalidades, sino a buscar pistas. Suponiendo que efectivamente esto es lo que hacemos, regresemos a nuestro ejemplo.

Hipotéticamente nos interesa *ahondar en el valor del capital simbólico de aquellos elementos que intervienen en la fiesta patronal*. También nos interesa *indagar en la fecha más antigua de celebración de la fiesta para comprobar su origen en el antiguo régimen*. Asimismo, a nuestro juicio, es fundamental *exponer el papel que desempeñan hombres, mujeres y niños en el ritual festivo como agentes de transmisión cultural*.

No está de más decir que, a la hora de elaborar un objetivo de investigación, debemos encontrar el verbo indicado para cada acción. Me parece que un primer acercamiento a la elaboración de objetivos se puede encontrar en la taxonomía de Bloom, ya que él distingue distintos verbos, según la complejidad y los fines del objetivo. Además, a cada objetivo le corresponderá un solo verbo; es decir, si nuestro objetivo general prioritario es explicar; no podemos emplear este verbo indiscriminadamente y repetitivamente para hacer alusión a las demás tareas de investigación. Tampoco podemos enunciar en un mismo objetivo dos verbos, y mucho menos verbos conjugados en diferentes tiempos. Siempre habrá que homogeneizar, prefiriendo el infinitivo como tiempo verbal.

Estas tres metas generales constituirán, la mayor parte de las veces, un eje temático de la investigación, que en un proceso narrativo serán capítulos o apartados. Debo advertir que cada objetivo conlleva sus propios objetivos subordinados, los cuales se desarrollarán en cada apartado.

Hasta aquí hemos planteado nuestra investigación; hemos delimitado y justificado su tema; propusimos una hipótesis con base en preguntas que emanaron de la problematización, lo que nos condujo a formular objetivos.

En términos metodológicos, hemos llegado a un punto medio. ¿Qué paso sigue después? En primer lugar, tenemos que prestar muchísima atención a lo que hemos propuesto como categorías, y no olvidar lo que la fuente empírica y documental nos ha proporcionado para trabajar nuestra investigación. Todo ello es necesario porque, con base en ello, es como daremos un sentido de orden y selección de obras que conformarán el estado de la cuestión (Arostegui, 2001).

Antes de realizar dicha selección de obras, es fundamental en la labor historiográfica apoyarse en una *teoría* o *modelo explicativo* que dote de cientificidad a nuestra investigación (Cardoso, 1976; Curtis, 1975; Arostegui, 2001). En este proceso, no se trata de citar una corriente historiográfica porque eso no es teoría, sino enfoque (Bunge, 1985). Es decir, no es posible decir que nuestra investigación se basa en la teoría de los *Annales* o en la historia de la vida cotidiana o en la Historia cultural. Enunciar esto se podría prestar a confusión, dado que la historia de *Annales*, la vida cotidiana y la historia cultural son formas de hacer historia, que eluden la teoría en ocasiones.

Para evitar lo anterior, debemos, por tanto, ir más allá de estos enfoques y centrarnos en las ideas epistemológicas que originaron las corrientes historiográficas. En primer lugar, es nuestro deber investigativo establecer los postulados teóricos que separaron a los *Annales* del positivismo; o bien, indagar qué es aquello que da sentido a la vida cotidiana o a las ideas que apoyan la existencia de una historia cultural. Una vez que hagamos lo anterior, podremos, incluso, ampliar nuestro horizonte y proponer una base teórica.

Por ejemplo, para los efectos de nuestro objeto hipotético (*la comunidad X*), después de una lectura exhaustiva de textos históricos, antropológicos y sociológicos, diremos ahora que nuestra investigación se basa en la teoría del relativismo cultural, la cual afirma que todo proceso histórico es convencional en su tiempo y espacio, y es relativo a su comprensión entre los propios de la comunidad y entre los que la observan (Harris, 1982). Esta será nuestra base teórica, si nuestra intención es explicar que la *comunidad X* crea convencionalismos culturales para mantenerse vigente en el tiempo.

Si, por el contrario, nuestra idea es explicar que nuestra comunidad semiurbana ha mantenido una continuidad histórica, emplearemos la teoría del estructuralismo cultural, que aboga por la idea de que, a pesar del cambio de estructuras sociales, hay elementos en la cultura de las sociedades que pasan de manera permanente e inmutable en el imaginario social, creando una cadena de continuidad (Lévi-Strauss, 2008).

Una tercera posibilidad es que si la investigación nos permite explicar las realidades paralelas que existen en la comunidad semiurbana bajo estudio, diremos que nuestra base teórica es la ciencia social comprensiva, la cual sostiene que todo proceso social está dado en dos realidades: una que se construye como ideal, y que es la que permea en la historia; y la otra que es empírica, creada por los intereses de las personas en su propio contexto (Weber, 1978).

Podríamos seguir con los ejemplos; sin embargo, el punto es que el relativismo cultural, el estructuralismo cultural y la ciencia comprensiva son bastante más amplios que las corrientes de los *Annales*, que la vida cotidiana y que la historia cultural. De hecho, la vida cotidiana y la historia cultural pueden inscribirse en una teoría más amplia (Gonzalbo, 2006).

Por lo tanto, la enunciación del marco teórico (o teoría) es un paso más de nuestra metodología, pero de ninguna manera constituye la metodología en

sí. Ahora bien, es común encontrar en los proyectos de investigación que el marco teórico va acompañado con la palabra «conceptual». Esto se debe a que, en ocasiones, se parte de la idea de que al momento de elegir una postura teórica, también asumimos sus categorías de análisis, y, por lo tanto, nuestra tarea es identificar aquellas que sirven más a nuestra investigación.

Supongamos que para nuestro ejemplo de la *comunidad X*, decidimos apostar por el relativismo cultural. En este sentido, el siguiente paso será recuperar aquellas categorías que esta teoría emplea para trabajar las fiestas, así como las tradiciones y las comunidades e identidades colectivas.

En este punto, muchos investigadores principiantes entran en conflicto porque de manera indistinta exponen su estado de la cuestión como si éste fuera la justificación conceptual de su trabajo. En parte, la confusión se debe a que en realidad no se puede separar el análisis historiográfico de la recuperación de conceptos. Hay historiadores que analizan textos y conceptos al mismo tiempo, y esto es posible cuando se posee un conocimiento especializado de las posturas teóricas y de la literatura especializada.

Sin embargo, para los que se inician en el camino de la investigación científica, no está de más separar lo uno de lo otro. En este proceso, pongamos la atención en recuperar conceptos. Debo insistir en que durante toda la elaboración de la investigación, la lectura es obligada porque de otra manera no se puede avanzar. Dicho lo anterior, supongamos que nuestras lecturas, por una u otra razón se han basado en obras antropológicas e históricas que estudian fiestas y tradiciones comunitarias en el siglo XX.

El siguiente paso consiste en identificar aquellas obras que tienen relación directa con nuestra teoría elegida; en este caso, el relativismo cultural. Esto es importante porque en muchas ocasiones la teoría solo aparece en esta parte de la investigación, y se olvida por completo a lo largo del trabajo, lo cual lleva a investigaciones que adolecen de esta parte científica.

Del universo de textos consultados, tendremos que identificar aquellas categorías y conceptos que se repiten y se emplean como «herramientas metodológicas» para explicar los fenómenos. Hipotéticamente, pensemos que nuestras obras historiográficas y antropológicas hablan de *capital simbólico* y, a la par, de *representaciones colectivas*, a la hora de identificar los procesos festivos. Además, supongamos que la teoría del relativismo cultural recurre

al *significado cultural* para explicar el sentido que las comunidades les otorgan a eventos u objetos determinados. Por último, las obras antropológicas que, a nuestro juicio, aluden a la relación fiesta-santo, denominan *sincretismo* y *aculturación* al proceso de cambio y adaptación que dan las personas al simbolismo religioso que otorgan al santo.

Con base en lo anterior, resumamos lo que hemos hecho previo a enunciar nuestro estado de la cuestión. Primero, buscamos la teoría o modelo teórico que ayudará a lograr nuestros objetivos; después, buscamos las obras que, apoyadas en esa teoría, analizan las comunidades semejantes a la nuestra. Una vez localizadas, recuperamos los conceptos clave o que, a nuestro juicio, abstraen las acciones colectivas para su justificación histórica.

Una vez que hemos llegado a este punto, es conveniente ofrecer a nuestros lectores el apoyo bibliográfico que vamos a utilizar a lo largo de la investigación para que su lectura especializada, al igual que hicimos nosotros, pueda encuadrar nuestro trabajo en una disciplina o área particular. Además de advertirles a nuestros posibles lectores sobre nuestra tendencia investigativa, el *estado de la cuestión* se vuelve fundamental en toda investigación histórica porque, como su nombre lo indica, nos permite observar el estado actual que presentan las investigaciones referentes a nuestro fenómeno de estudio (Arostegui, 2001).

En primer lugar, enunciaremos aquellas obras que trabajan o hacen referencia a nuestro objeto de estudio, para identificar en ellas lo que ya se ha trabajado, lo que falta por hacer y lo que pretende cubrir nuestra investigación. Aquí se vuelve fundamental la lectura, debido a que, de otra manera, no podremos identificar líneas de investigación a explotar.

En un segundo momento, podremos enlistar las obras que, si bien no tocan o no hacen relación a comunidades semejantes a la nuestra, sí analizan otros espacios parecidos, pero con las categorías analíticas que anteriormente identificamos. En este punto, no se trata de insistir en lo que dice un autor u otro acerca de un concepto; sino en hacer la crítica en su uso, ya que de ello derivará el sentido que demos nosotros a nuestras ideas y conceptos. En este paso identificaremos a los autores que trataron los mismos intereses que nosotros buscamos explicar o, en todo caso, a quienes más se aproximaron a ello.

Ahora bien, en esta parte los investigadores novatos suelen hacer una misma pregunta: ¿cuántos libros tengo que citar en mi estado de la cuestión? Infortunadamente, una respuesta equivocada ha sido siempre: «todo lo que tenga que ver con tu tema». Esta respuesta solamente sería viable si nuestra intención teórica fuera la de hacer una historia global, totalizante, que no separe cultura de política o de vida cotidiana o de filosofía de la historia. Dado que el caso no es este, porque nuestro objetivo solo es explicar el fenómeno cultural que hemos identificado en nuestra comunidad semiurbana, nuestro estado de la cuestión estará conformado por aquellas obras que cumplan con lo que enunciamos líneas atrás; es decir, con aquellas que discutan los conceptos que pretendemos usar y analicen fenómenos culturales parecidos al nuestro, como también a las obras que aborden la historia de nuestra comunidad; por lo tanto, el límite de nuestro estado de la cuestión dependerá de las obras que consideremos cubran estos requisitos y de las que nos proporcionen los especialistas en el tema.

Hasta este punto, nuestro proyecto se halla casi terminado, pero falta añadirle el elemento más relevante que hará que nuestra investigación sea única: el análisis y tratamiento de *fuentes*; esto es, lo que algunos especialistas llaman heurística de la historia (Arostegui, 2001).

Regresando a nuestro ejemplo hipotético, cabe recordar que desde un inicio partimos de la observación de la comunidad que, por algún motivo u otro, hemos elegido y justificado estudiar.

Asumamos que para una explicación propositiva, la etnografía será un apoyo vital, pero también tengamos en cuenta qué tanto podemos recuperar de los archivos históricos para indagar en los procesos festivos o en el origen mismo de nuestra comunidad. Es aquí donde empezaremos a exponer qué fuentes utilizaremos, cómo se relacionan con nuestros objetivos y nuestras hipótesis. Desde luego, no se trata de enlistar los archivos que vamos a consultar o las técnicas etnográficas que vamos a aplicar para obtener información. Un buen proyecto de investigación enuncia la manera en que se trabajarán los documentos y las entrevistas o encuestas.

Para mayor claridad en este punto, volvamos a nuestro ejemplo. Supongamos que en el archivo parroquial de la *comunidad X* se halla un padrón de mayordomos o un libro de cuentas de donativos a fiestas religiosas. Estos

documentos serán vitales porque nos permitirán ofrecer una fecha aproximada de su origen. Además, pensemos que en el archivo estatal encontramos que durante el cardenismo y la reforma agraria del siglo xx, aparece nuestra *comunidad X* como parte de un municipio, y, más adelante, como unidad independiente. Esta información será relevante porque nos dará pistas para ampliar nuestros repositorios, a fin de buscar, o bien la historia del municipio del que dependió antes de la reforma, o hallar más información sobre la separación política. Finalmente, no podemos dejar de visitar los archivos más generales, como puede ser el General de la Nación (AGN) o el del Arzobispado de México para recuperar aquello que servirá para nuestros objetivos e hipótesis.

Por otra parte, en nuestras entrevistas y técnicas etnográficas, no se trata de aplicar unos cuestionarios solo para disponer de los relatos contados por los más ancianos o por los que se involucran directamente en la organización de una fiesta. Al igual que un archivo histórico, aplicaremos entrevistas para obtener información específica; pero también tendremos que hacer un distinción personal entre lo que es historia oral, tradición oral e historia de vida, porque, dependiendo de las respuestas, podremos distinguir aquellos elementos que son tradiciones, usos y costumbres, y los que únicamente tienen relevancia en el ámbito familiar de nuestros entrevistados.

En este proceso, estamos, de hecho, explicando nuestras *herramientas y técnicas de la investigación*, que van más allá de únicamente decir que haremos fichas de trabajo, encuestas y bases de datos. Más bien, se trata de explicar cómo analizaremos los documentos, qué discriminaremos de ellos y en qué nos centraremos, qué respuestas buscamos hallar con la etnografía y qué criterio metodológico usaremos para distinguir tradición oral de historia de vida e historia oral.

En ocasiones, algunos proyectos incluyen, en esta parte de técnicas y herramientas, el estilo narrativo que darán a sus textos y la forma en que presentarán sus fuentes documentales. Eso sin mencionar que, desde entonces, enuncian su forma de elaborar el aparato crítico; lo cual se vuelve fundamental porque en la historia este aparato crítico y de citación es un elemento de científicidad y objetividad que vale para la crítica especializada.

Antes de concluir nuestro proyecto, debemos esquematizar bien las ideas, a fin de que nuestro lector pueda percibir nuestras intenciones, alcances y

limitaciones investigativas (Mercado, 1994; Arbaiza, 2014). Para hacer un *esquema tentativo* podemos valernos de los objetivos que planteamos al inicio, porque cada uno de ellos puede ser alcanzado en un apartado específico o capítulo; y, en este momento, lo que en un principio llamábamos objetivos subordinados, se convierten ahora en puntos del capítulo (Arbaiza, 2014). Una vez elaborado el esquema, tendremos que reflexionar para ver si, en su conjunto, los capítulos responden al objetivo general; en todo caso, elaborar un esquema requiere de concentración y claridad de objetivos.

Por último, el *cronograma* se enuncia para esquematizar cómo habremos de avanzar en nuestra investigación. Con esto, concluimos nuestro proyecto y, por tanto, no queda sino comenzar a redactar el trabajo de investigación.

Un comentario final sobre las categorías y la metodología

Sin lugar a dudas, algo que provoca confusión entre los estudiantes que se adentran en la elaboración de proyectos de investigación es lo relacionado con las categorías. Resulta difícil definir una categoría como tal; además, en ocasiones, los propios investigadores no consiguen discernir entre conceptos, términos y categorías. Un tercer problema radica en la polisemia de las palabras que tratamos como categorías; es decir, mientras que para un autor la *identidad colectiva* se vuelve una categoría de análisis, para otro simplemente puede servir de apoyo para refinar un concepto; es decir, no hay una fórmula única para proponer y crear categorías; por el contrario, cada investigador, cada enfoque y cada corriente de trabajo emplea las palabras que mejor se aplican a su trabajo.

Pese a ello, conviene sugerir una vía alterna que puede ayudar a los investigadores novatos. Para efectos de nuestros proyectos, conviene revisar y considerar usar los conceptos que la propia lectura especializada nos arroja, o bien, basarnos en algún autor específico. Por último, para saber que en realidad estamos empleando una palabra como categoría, habrá que hacer una reflexión sobre la viabilidad de ese concepto como el que nos permitirá dialogar tanto con nuestra hipótesis, objetivos, fuentes empíricas y documentales y teoría, como con los autores que conforman nuestro estado de la cuestión.

Por otra parte, cuando explicábamos el modelo teórico y los conceptos que trabajaremos, nos referimos a que tanto lo uno como lo otro eran parte de

nuestra metodología. En efecto, es parte, mas no es la metodología en sí. Para tener claridad al respecto, la metodología la habremos de entender como el propio camino que iremos construyendo para alcanzar nuestros objetivos, demostrar las hipótesis y sacar conclusiones; por lo tanto, la metodología no es algo que copiamos de otros autores o de otros textos; es una elaboración personal que solo hasta concluir nuestra investigación podremos recuperar por completo. Por ejemplo, supongamos que ya concluimos nuestra investigación y que fueron pocos los cambios que realizamos a nuestros planteamientos e hipótesis. Entonces alguien se acercará y nos preguntará «¿qué metodología han empleado en esa investigación?».

La respuesta a esta pregunta será exponer todo lo que tuvimos que hacer para llegar a la culminación del trabajo. Por ejemplo, para explicar la historia del origen de nuestra *comunidad X*, qué hicimos, qué documentos recuperamos, qué textos nos sirvieron y cómo conjugamos todo ello para ofrecer nuestro propio punto de vista. De igual forma, cómo aplicamos nuestros conceptos al análisis empírico, a las fuentes documentales y qué hallamos de nuevo para nuestro objeto de investigación. En términos más específicos, cómo estructuramos nuestras ideas y cómo logramos ordenar la información para darle un sentido y coherencia narrativa; todo ello es lo que constituye nuestra metodología. Infortunadamente, hay investigadores que piensan que metodología es copiar la forma de hacer un trabajo de alguien más, y aunque es válido y legítimo hacerlo, no hay como arriesgarse y aventurarse uno mismo a ofrecer nuevas formas de hacer historia.

Referencias

- Arbaiza, L. (2014). *Cómo elaborar una tesis de grado*. Perú: Esan ediciones.
- Arostegui, J. (2001). *La investigación histórica: teoría y método*. Barcelona: Crítica.
- Bunge, M. (1985). *La investigación científica. Su estrategia y filosofía*. Barcelona: Ariel.
- Bunge, M. (2006). *La ciencia. Su método y su filosofía*. México: Nueva Imagen.
- Cardoso, C. (1976). *Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social*. Barcelona: Crítica.

- Cardoso, C. (1982). *Introducción al trabajo de la investigación histórica*. Barcelona: Crítica.
- Curtis, L.P. Jr. (1975). *El taller del historiador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrater, F. (1970). *Diccionario de filosofía abreviado*. Argentina: Editorial Sudamericana.
- Garza, A. (2007). *Manual de técnicas de investigación para estudiantes de ciencias sociales y humanidades*. México: El Colegio de México.
- Gonzalbo, P. (2006). *Introducción a la historia de la vida cotidiana*. México: El Colegio de México.
- Harris, M. (1982). *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías culturales*. España: Siglo XXI.
- Lévi-Strauss, C. (2008). *El estructuralismo y la teoría sociológica*. México: Siglo XXI.
- Mercado, H. S. (1994). *¿Cómo hacer una tesis? Tesinas, informes, memorias, seminarios de investigación y monografías*. México: Editorial Limusa.
- Pérez, R. (2000). *¿Existe el método científico?* México: El Colegio Nacional/ Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1978). *Ensayos sobre metodología sociológica*. Argentina: Amorrortu.